

## FICHA III: OREMOS COMO JESÚS ORÓ

### 1. ¿Por qué oramos?

- Más tarde o más temprano te lo preguntarán. O ya te lo habrás preguntado.
- Puede que, quizás lo hagamos por muchas razones: me lo enseñaron, necesito pedir, agradecer o alabar, intuyo la necesidad de relacionarme con Dios; hasta me sienta terapéuticamente bien...
- Todo eso puede ser válido pero no suficiente. Quienes seguimos el Evangelio, sólo tenemos una razón última: Oramos por Jesús oró y nos mandó orar.

### 2. Efectivamente, Jesús... oró:

- Si la oración no es sino la relación del hombre con Dios, Jesús, no sólo oró, sino que al ser su vida entera relación con el Padre, toda ella fue oración.
- Con todo, solamente san Lucas, ya nos le presenta orando: en el bautismo, después de una jornada de predicación, antes de la elección de los doce, antes de la confesión de Pedro, durante la Transfiguración, en el momento de enseñar el Padrenuestro, en el Monte de los Olivos, desde la Cruz...
- Y si nos fijamos en san Juan, le vemos orando: antes de la resurrección de Lázaro, después de anunciar su hora, en la oración sacerdotal.
- Jesús ora en un lugar solitario, en el corazón de la noche, en pleno comer al regreso de los 72 discípulos, en el templo, en la sinagoga...

### 3. ¿Por qué oró Jesús?

- La razón última y a la vez muy sencilla es ésta: Jesús oraba porque... tenía necesidad de orar. Jesús necesitaba de cuando en cuando romper la barrera de los hombres y buscar en el Padre lo que éstos no podían darle...
- Lucas dice: Su fama se extendía..., muchísimos acudían a oírle; pero Él se retiraba a lugares solitarios, donde oraba (5, 15). Meditemos este pero Él, Jesús se siente atrapado por los hombres, pero necesita hundirse en la soledad para desarrollar ante el Padre la dimensión de filiación que los hombres no pueden darle...
- Sólo si descubrimos esta necesidad de sentirnos *hijos* – y en la medida en que vayamos descubriéndola- sabremos dar razón de nuestra oración.
- Finalmente, sólo si oramos para estar – o querer estar – con el Padre, conocer día a día su voluntad y marchar a cumplirla entre los hombres, oraremos por lo que Jesús oró.

#### **4. Orar en Cristo Jesús:**

- Orar es tanto “hablar con Dios” como dejarnos hablar por Él. Pero Él sólo habla en directo al Hijo, a nosotros nos habla por su medio. El orante debe acercarse al Hijo para conocerle, traducirle, aplicarse el mensaje y seguirle.
- Jesús dijo a Teresa que Él era el libro vivo; pero leer a Cristo no es fácil. Sin la luz del Espíritu no entenderemos ni una línea del Evangelio.
- Por fin, no sólo debemos leer a Cristo, debemos leer en Él. Esto es, interpretar todo con sus criterios. Nadie como los grandes orantes han interpretado a la luz del Evangelio todos los signos de los tiempos.

#### **5. Pautas para la semana:**

1. Jesús nos enseñó a orar; dirigiéndonos a un Dios Padre. Desde la propia interioridad. Sin ser palabreros. Llenos de fe y confianza. En actitud humilde. Con machacona insistencia. Unidos a los hermanos. Adecuando fe y obras. Seguros de la bondad del Padre. Buscando lo mejor para nosotros. Perdonando. Sin olvidar a nuestros enemigos. Orando en su nombre y unidos a Él. Examina hoy tu oración al trasluz de las de Jesús.
2. Jesús ora cuando está alegre, feliz y contento: Lee el texto de Lc 10, 21. Jesús hace de notario del Padre y publica los nombres de los que serán herederos de su Reino: los pobres, los sencillos... Llegar a comprender esto no es nada fácil; es pura gracia de Dios. Jesús da gracias, no por la desgracia de los sabios y listillos, sino porque las cosas de Dios van a ser patrimonio de la gente sencilla. ¿Cómo andamos de sencillez y humildad?
3. Jesús ora, llorando, ante la tumba de Lázaro: “Gracias Padre, por haberme escuchado...”(Jn 11, 42). En este caso la oración del Señor sirve:
  - a) Para demostrar su condición de Enviado.
  - b) Pero también para demostrar el valor que para Dios tiene la vida misma, lo corporal, lo terreno.

Releamos este texto. Hagamos nuestros los sentimientos de Jesús ante el dolor humano; ante la muerte de un amigo. Y su petición al Padre en pro del mismo. ¿Llevamos también a nuestra oración el dolor de nuestro trozo de mundo?

4. Jesús ora en el Huerto de los Olivos (Lc 39, 46). Caben mil reflexiones sobre este pasaje evangélico. Parémonos en él no sólo hay, sino multitud de veces en la vida. Podemos meditar en la necesidad de orar para no caer... En lo terrible de su angustia, tristeza o tedio. Pensemos, por ejemplo, en su profunda soledad. Soledad que le viene de ser el Profeta por antonomasia y todo profeta será siempre un hombre incomprendido. Será siempre el orante de la oración comprometida, esto es, el que su diálogo no lo acaba en palabras sino con el juego de su propia vida. Silencio... ¡asombrémonos ante tanta capacidad de compromiso!

5. Jesús ora... perdonando a sus enemigos: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen...”. Tal vez se nos hayan encendido de ira los ojos ante el deseo de vengar alguna injusticia. Quizás se nos hayan humedecido, viendo cómo una madre, esposa, hijo pasan por encima de su dolor y perdonan al asesino de los suyos. Si es así, estaremos en disposición de comprender mejor la escena; pero no del todo. Recordemos nuestra historia de oración. ¿Cuántas veces hemos orado por nuestros enemigos, por aquellos que no nos caen bien o por quienes, nos consta, que no buscan precisamente nuestro bien? Al menos hoy, pon en práctica, haz vida tuya el texto evangélico de Lc 6, 27.
6. el Padrenuestro: Nos lo comenta San Lucas: “Y sucedió que estando él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar. Él les dijo: Orad así” (Lc 11, 1) ¡Y les regaló la lección-oración del Padrenuestro!

En la oración de hoy, desmontémosla petición por petición. No olvidemos la invocación inicial ni el “amén” del final. Repitamos pausadamente las palabras. Soñemos con que se las estamos oyendo al propio Cristo. Hagámosla nuestras, lo mismo que si las estuviésemos inventando en ese momento.

Saquemos algún compromiso.